

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

ITTUN



Retomando la continuación de ENDA, una novela muy diferente a las que nos tiene acostumbrados y que sorprendió por su originalidad, Toti Martínez de Lezea nos presenta ITTUN, una historia que tiene lugar unos cuarenta años más tarde y en otros lugares del territorio mítico de Tierra de Enda.

En esta ocasión la trama transcurre en Sierra del Dragón, zona montañosa repleta de tradiciones y antiguas creencias, entre la ciudad de Ilunia y la costa del Mar del Norte. Nos adentramos en la segunda de las siete Montañas Sagradas de Enda, Roca del Águila, donde la Diosa Amari vela por su pueblo y se enfrenta a la amenaza de su propio hijo, Inguma, el Amo de la Noche.

No faltan las tribus, sus jefes, sus diferencias, entre los que sobresalen los Guardianes del Pacto, guerreros dispuestos a defender su tierra ante la invasión del poderoso ejército gauta. Y entre ellos destacan Xemeno hijo de Garr y Ihabar, ya anciano, que busca la forma de reencontrarse con su amada Endara. La joven curandera Laiane, su enamorado Urtun, el ambicioso Ubaldo y el no menos codicioso Adelio, además de otros personajes, configuran una época que la autora ha recreado basándose en sus amplios conocimientos de mitología e historia, y su no menor imaginación.

*A la memoria de D. José Miguel de Barandiaran
cuyo libro «Mitología del Pueblo Vasco»
me ha acompañado desde la niñez
y ha inspirado esta saga de ENDA*

UGARES 

AISO	Areso/Leitza
ARANO	Arano
ARAYN	Etxarri Aranatz
ATHAGUN	Ataun
CUEVA DEL DUENDE	Mendukilo, Astiz
FORTALEZA DE AUZA	Ausa Gaztelu
HOLETI	Olite
ILUNIA/Ciudad de las Mil Torres	Iruña/Pamplona
LAS MINAS/Valle de Andoa	Leitzarain/Andoain
LEKUN	Lekunberri
MONTAÑA DE HIERRO	Zaburu
MONTAÑA DE LA NIEBLA	Artxueta
OXINBERDE	Cascada de Osinberde, Zaldibia
ROCA DEL ÁGUILA	Larrunarri/Txindoki
RÍO ARAKI	Río Arakil
RÍO DE ORO	Río Oria
RÍO RUNA	Río Arga
SIERRA DEL DRAGÓN	Aralar
UX	Untzue/Uxue

VALLE DE LOS CABALLOS Valle del Oria





PRINCIPALES PERSONAJES DE LA NOVELA 🗨️

FICTICIOS

- ABODI, ugazaba de los arano.
- ADELIO, obispo de Ilunia, gauta.
- AMABILIA, jefa del clan menosko de Ibi.
- ARGAIN, guía de los alio de la Montaña de Hierro.
- BAKAR, guerrero ituro, amigo de Xemeno.
- DOLKITI, del clan arano.
- ENDARA, servidora de la Diosa Amari.
- HUBERTO, conde de Holeti, gauta.
- IHABAR hijo de Atta, bigorra.
- IRKUS, del clan bahr de Ux.
- IZAR, hermana de Ona de Agamunda, araki.
- LAIANE, hija de Izar, nieta de Mumo, sobrina de Ona de Agamunda, araki.
- LEHEN, ugazaba de los araki de Arayn.
- LOTARI, hijo bastardo de Ubaldo.
- ONA DE AGAMUNDA, mujer sabia de Oxinberde, hermana de Izar, araki.
- UBALDO, conde de Ilunia, gauta.
- URTUN hijo de Asurdi de Athagun, escudero de Xemeno.
- XEMENO hijo de Garr, Guardián de la fortaleza de Auza, ituro.
- XURIO, herrero de Arano.

MITOLÓGICOS

AMARI, Diosa Madre de Enda.

ERNIOBE / TALA.

INGUMA EL TENEBROSO, Señor de la Oscuridad.

INTXIXU, duende de Amari.

OZEN, jefe del clan Gentil de los goren.

SUA, dragón plateado.

SUGAAR EL CULEBRO, compañero de Amari.

TTARTTALO COMEHOMBRES, gigante de un solo ojo.

I 
ATHAGUN

La noche había caído para cuando Urtun hijo de Asurdi llegó a la borda. A medio camino, la luna había quedado completamente oculta por unos nubarrones negros, y no le gustó. Era un mal presagio, una premonición de los malos vientos que se avecinaban por el Este. *Gorrixka*, su perro, caminaba a su lado sin perder el paso y eso tampoco era una buena señal. El animal siempre corría por delante y esperaba a que él llegara a su altura para continuar su carrera; disfrutaba más que él mismo sintiéndose libre en la montaña, solo, sin ataduras. Pero esta vez no se había separado ni un palmo, y se le notaba nervioso. Penetraron en la borda, el joven cerró la puerta y echó la tranca. El fuego estaba encendido, y el hombre, sentado en un *triku*, le daba la espalda.

—Llegas tarde... —oyó decir en un tono profundo de voz, y sintió un estremecimiento.

Tragó saliva, se aproximó al fuego y se puso en cuclillas, alargando las manos para entrar en calor.

—No he podido subir antes, me vigilan.

—¿Quién?

—Negu el Viejo.

—¿Sabe algo?

—No, que yo sepa...

—¿Por qué iba a vigilarte entonces?

—No lo sé, tal vez sospecha algo.

—¿Tiene motivos?

Urtun tragó saliva de nuevo. Él no había dicho a nadie nada sobre el asunto, pero todo se sabía en el valle de Athagun; todos estaban al tanto de lo que hacían los demás o de lo que no hacían. Negu el Viejo era el más enterado; no en vano pasaba la vida sentado a la puerta de su chabola, controlando las idas y venidas de sus vecinos, y no se le escapaba ningún movimiento, bronca o amorío de los contornos.

—Te veo inquieto... —le había dicho al verlo pasar, de vuelta a su casa.

—Pues no lo estoy —respondió él a la defensiva.

—Algo te traes entre manos, Urtun hijo de Asurdi —insistió el viejo—. A los demás podrás engañar, pero no a mí.

Él no respondió, pero de buena gana habría soltado una patada al banco de madera y lo habría lanzado cuesta abajo con su ocupante encima. Todo aquel asunto comenzaba a escapársele de las manos y, en efecto, Negu el Viejo tenía razón, estaba inquieto. Aquella misma mañana, habría jurado por sus muertos que no había en el valle nadie tan feliz como él. En mala hora su camino se había cruzado con como quiera que se llamara, pues en ningún momento le había dicho su nombre. ¿Quién lo mandaba a él meterse en aventuras? Aunque era el más joven de cuatro hermanos, no tenía que preocuparse por su futuro, como les ocurría a otros, pues su familia estaba en hablas con la de Ania de Urki para disponer su unión. Ella era hija única, así que, con el tiempo, él también sería propietario. ¿Por qué entonces se había dejado engatusar por aquel hijo de Inguma salido de la nada?

—No, no tiene motivos —respondió finalmente—. Pero dicen que es agorero y que puede leer la mente de los hombres.

—¡Bobadas! Los agoreros son unos farsantes; hacen creer a la gente que saben muchas cosas y solo inventan y sonsacan a los incautos, para que les cuenten sus problemas y así poder responder a sus preguntas.

—No sé...

—Bien. Dormiremos unas horas y saldremos antes del amanecer a fin de aprovechar las primeras luces.

El joven afirmó con un gesto de cabeza, se envolvió en el *kapuzai*, se tumbó junto al hogar, apoyó la cabeza en su morral y cerró los ojos. *Gorrixka* se apretujó a su lado, y él se sintió reconfortado al sentirlo cerca. El hombre permaneció un rato más sentado con la mirada puesta en el fuego; después, separó un poco los troncos para hacer brasa y también se tumbó sobre el suelo de tierra tras asegurarse de que la madera no ardería. Había que andarse con cuidado; más de uno había muerto abrasado por dejar la lumbre encendida.

Urtun tenía los ojos cerrados y cualquiera hubiera dicho que dormía, pero no dormía; no podía. La cabeza le daba vueltas, presa de una gran excitación, pero también de temor.

El forastero lo había abordado aquella misma mañana, en el momento en que ascendía con las ovejas al prado de arriba. Por un momento, creyó que se trataba de un caminante extraviado que buscaba el camino hacia la gran *Ilunia*, la Ciudad de las Mil Torres, en la que él jamás había estado. No era extraño avistar viajeros procedentes de la costa, también carreteros con pescado fresco, seco o en salmuera, así como con mejillones, ostras y aceite de ballena. En *Ilunia* se pagaban bien los productos del mar. Incluso su madre solía adquirir una jarra de aceite para mecha y algunos peces a trueque de alubias o harina de mijo, aunque él jamás había probado uno de aquellos bichos con los ojos

saltones que parecían se les iban a salir de las órbitas. El hombre cabalgaba a lomos de un caballo, lo cual denotaba que no era un sin tierra, e iba embozado en una capa con capucha que le cubría el cuerpo hasta los pies y no dejaba percibir su vestimenta, pero él tenía buen ojo. Las muñecas protegidas por brazaletes de cuero, y los pies calzados con abarcas cerradas y tobilleras, además del bulto que sobresalía bajo la capa a la altura de su cintura, un pomo de espada, revelaban que se trataba de un guerrero. Lo sabía bien. También llevaban brazaletes y tobilleras los miembros del grupo que aparecieron por el valle dos inviernos atrás con la misión de llevarse con ellos a los jóvenes dispuestos a luchar. Él se quedó con las ganas de acompañarlos; el padre puso el grito en el cielo cuando dio un paso al frente, y tampoco ayudó el hecho de que fuera casi un muchacho. El jefe le miró con sorna y le dijo que ya tendría tiempo de guerrear cuando fuera un hombre. Nunca había sufrido humillación semejante, pero olvidó el mal trago al saber de los tratos con la familia de Ania. Todos sus pensamientos, desde entonces, habían sido para su futura mujer y su vida junto a ella. Hasta aquella mañana.

—¡Eh! ¡Mozo! ¿Conoces bien el valle? —le preguntó el forastero sin tan siquiera saludarlo.

—Como la palma de mi mano —respondió él ufano.

—¿Sabes cómo llegar a la fortaleza de Auza?

—Sí... pero... uno puede perderse con mucha facilidad por esas veredas.

—Te daré un tremis de plata si me llevas —dijo el hombre mostrándole una moneda reluciente.

—Está prohibido acercarse a la fortaleza...

—No para mí.

—Pronto oscurecerá y...

—Dime entonces dónde puedo pasar la noche.

Nunca había visto una moneda de plata y no supo disimular su interés. Subió con él hasta la suave hondonada donde se encontraba la borda que le servía de refugio, caía

el granizo, y quedaron en verse allí al anochecer. Regresó al poblado antes de lo acostumbrado, ya que tenía que pensar en algo para justificar su ausencia durante la siguiente jornada; el hombre había insistido en que nadie, nadie debía saber que él estaba allí. Esgrimió como excusa haber oído decir que había sido apercebido un ciervo macho de enorme cornamenta en las cercanías de Roca del Águila, y que pensaba salir en su búsqueda a la mañana siguiente. Era un excelente cazador y el encargado de proveer carne a la familia, así que los padres no sospecharon que fuera a hacer otra cosa y, tras cenar un cuenco de potaje, salió de la cabaña en cuanto ellos se quedaron adormilados junto al fuego. *Gorrixka* lo siguió en silencio, como si entendiera que no se trataba de un simple paseo. No encontraron a nadie en el camino. Por suerte, el cielo amenazaba tormenta, y el frío era tan intenso que ni siquiera el figón de Negu el Viejo había aguantado a la intemperie y se había refugiado dentro de su chabola.

Sentía una mezcla de aprensión por exponerse a una situación anómala en compañía de un desconocido y, al mismo tiempo, de excitación. Auza era un lugar prohibido para los habitantes del valle. Que él supiera, nadie osaba acercarse a más de cien pasos de la gigantesca torre, levantada sobre un alto despoblado, desde que varios hombres del valle lo intentaron en una ocasión, cuando él todavía no había sido destetado. Fueron recibidos con una lluvia de dardos de aviso, a fin de que no continuaran avanzando. Ninguno resultó herido, excepto Heren, el hermano de su madre, quien quedó cojo al salir huyendo, tropezar y caer rodando por la pendiente hasta ir a estrellarse contra una roca; su pierna derecha se quebró como una rama seca y no recuperó la movilidad. Desde entonces, no dejaba de hablar de aquello e insistía, una y otra vez, en lo peligroso que era aproximarse a la fortaleza. A pesar de todo, él y varios mozos de su edad se habían aventurado en un par de ocasiones, si bien habían permanecido a una distancia sufi-

cientemente alejada para no arriesgarse. De hecho, no se apreciaba ningún movimiento, y llegaron a pensar que sus moradores habían abandonado el lugar. Sin embargo, la segunda vez que se atrevieron a acercarse, pudieron observar la llegada de cuatro jinetes a quienes se les abrió el portón, desapareciendo tras los muros aparentemente infranqueables. Heren el Cojo y otros estaban convencidos de que el lugar era morada de los espíritus malignos, servidores de Inguma el Tenebroso, pues ¿de qué se alimentaban? Nunca se les había visto cazar por los alrededores, y tampoco disponían de un pozo de agua que se supiera. Otros opinaban que se trataba de una avanzadilla de los gauta, los invasores, cuya irrupción en las regiones del Sur había provocado un gran temor en Tierra de Enda, y que se encontraban allí para disponer la invasión de todo el territorio. Fueran lo que fuesen aquellos individuos, quizás tuviera él la oportunidad de verlos de cerca. Finalmente, logró dormirse, aunque más bien le dio la impresión de haber echado una siestecilla al despertar sobresaltado en lo más profundo de su sueño, zarandeado sin miramiento alguno.

—Nos vamos —fue todo lo que dijo el extraño.

Todavía no era de día, había nevado, y las veredas habían desaparecido de la vista. No obstante, Urtun conocía bien el terreno que pisaban y lo condujo sin vacilaciones hasta Auza. El hombre marchaba a pie, asiendo a su caballo por el ronزال y, a la vista de la fortaleza, le entregó la moneda prometida a modo de despedida y montó de nuevo. Justo en ese momento, el cielo se tornó negro y descargó una tormenta de nieve y agua con todo su aparato de rayos y truenos. Asimismo, el viento sopló con una fuerza inusitada que tiró al joven al suelo. Viéndolo desamparado cual avecilla caída del nido, el caballero le hizo un gesto con la cabeza indicándole que lo siguiera, y juntos atravesaron el portón, que se abrió cuando el hombre, brazo en alto, mostró un extraño objeto que llevaba colgado al cuello. *Gorrixka* entró tras ellos; parecía un zorro apaleado con su pe-